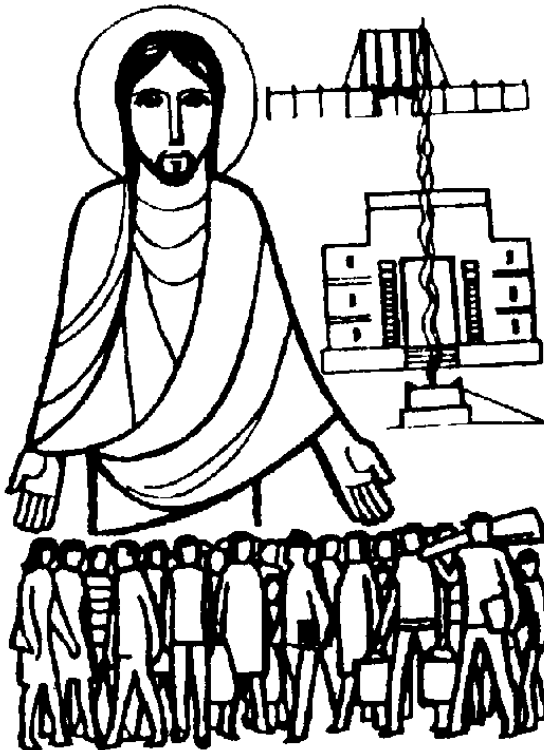


# SEGUNDO DOMINGO DE NAVIDAD

(Ciclo B)

Ecli 24,1-16 + Ef 1,3-18 + Jo 1,1-18



## ■ En el principio ya existía la Palabra.

---

En el principio ya existía la Palabra y la Palabra era Dios, era vida, era luz. Así Juan, desde el principio, nos dice que Dios no es un solitario, un ser enrocado en su majestad y omnipotencia, sino que es palabra, apertura, revelación, comunicación. Por su palabra creó el cielo y la tierra y al ser humano. De modo que todo cuanto existe tiene algo de palabra divina, de revelación de Dios. Los cielos, dice el salmista, pregonan la grandeza de Dios, y el ser humano, hecho a su imagen y semejanza, dispone de la palabra, para concertar con la creación entera las alabanzas a la majestad y misericordia de Dios. La palabra está en el origen del mundo; y en el del mundo de los hombres, en la sociedad, está la palabra. Por su palabra Dios creó el mundo y lo puso a disposición de los hombres, para que con su palabra y trabajo lo cultivasen y lo hiciesen desarrollar y progresar.

## ■ Y la Palabra se hizo carne.

---

Lo que significa que, llegado el momento, Dios cumple su palabra, la promesa hecha a nuestros primeros padres, la promesa repetida a los patriarcas, la palabra siempre presente en la voz de los profetas, la palabra que se brindó a la fe de María y se hizo carne en sus entrañas. Por eso escuchar la Palabra de Dios, no es simplemente oír el evangelio, sino, como María, acoger a Cristo en las entrañas, en el corazón. Creer no es recibir la palabra de Dios, sino acoger a Cristo, hasta el punto de que se cumpla lo de san Pablo: vivo yo, mas no yo, porque es Cristo quien vive en mí, en comunión.

Por eso el cristianismo, la vida cristiana, no puede reducirse a conservar con meticulosidad las palabras de la Escritura en el depósito de la fe, ni puede simplificarse en un código o en unas normas, sino que debe encarnarse, cobrar cuerpo, hacerse realidad. El cristianismo o es encarnación y compromiso en este mundo y con todos los seres humanos, o no tiene nada que ver con Cristo, la Palabra de Dios que se hizo carne y puso su morada entre las nuestras, con nosotros.

## ■ El don de la palabra.

---

La encarnación significa que nosotros hemos recibido el don de la Palabra. Pues por nosotros, y por nuestra salvación, la Palabra de Dios se hizo carne. Pero, además, hemos recibido también el don de la palabra, de hablar, de comunicarnos. Y el deber, derivante de la fe, de cumplir la palabra, de encarnarla, de modo que sea Palabra de Dios para los demás. Hay una singular analogía entre la Palabra de Dios y la del hombre, creado a su imagen y semejanza.

Ambas son revelación, manifestación, comunicación. La diferencia está en que la Palabra de Dios es Dios, no hay diferencia entre lo que dice y el que lo dice, mientras que en el caso humano entre la palabra y el hombre hay una fisura, la mentira, la posibilidad de no decir lo que se piensa, y el engaño, la posibilidad de no cumplir lo que se promete.

## ■ **La palabra como donación al otro.**

---

La mayor riqueza de los seres humanos es la comunicación, la capacidad de dar y recibir, de compartir y repartir todo y con todos, construyendo entre todos un mundo nuevo y una forma de vida distinta, mejor. Y en este proceso la palabra tiene un papel decisivo.

La palabra es la mejor contribución, el mejor regalo, pues por ella podemos compartir lo mejor que hay en nosotros, nuestros sentimientos, nuestras ilusiones, nuestras esperanzas, nuestra fe, ofreciendo a todos una razón para vivir. Si a veces se acusa un cierto silencio de Dios, no es porque Dios calle, sino porque los creyentes no son verdadera palabra encarnada y así no manifiestan a Dios. Y si el Evangelio ya no resulta, buena noticia, tal vez ni siquiera noticia, es porque los cristianos nos conformamos con una fe rutinaria, desencarnada, que no testimonia nada.

Y si abunda la violencia, y se multiplican las armas y sigue la amenaza de guerra, es porque la palabra se ha desvirtuado, perdiendo su sentido divino, su condición humana y se ha trivializado. Por eso urge recuperar la palabra, para que, como en el principio, sea vida y generadora de vida, sea luz y disipadora de tinieblas, sea veraz, encarnada, auténtico eco de la Palabra de Dios.